

Vicente Sáenz

BIBLIOGRAFÍA:

- Prosa: *Traidores y Déspotas de Centro América*,
2.ª Ed., 1920.
Cuentos de Amor y de Tragedia, 1920.
Cartas a Morazán, 1922.

LA PROFESIÓN DEL PERIODISTA

Señoras y señoritas; señores:

Ha sido fundada en México la «Casa de Salud del Periodista». Eso indica que los eternos luchadores, los que siguen en esta era prosaica la cruel carrera de las letras, los poetas y escritores que en las rudas faenas de la diaria publicidad difícilmente encuentran lo necesario para el sustento, comienzan a «pensar con la cabeza».

«A pensar con la cabeza». No sólo con la imaginación que tanto engaña; que llevó al inclito de don Quijote a estrellarse contra los molinos de viento; que muy hermosos castillos edifica sobre bases etéreas, para caer luego al suelo hechos pedazos, convertidos en montones de escombros.

¡Ruinas sombrías por entre las cuales asoma triste, en ocasiones trágica, la figura de un pobre soñador que sintió sobre su cabeza, cuando menos lo esperaba, el golpe inevitable de la realidad!

Porque eso es, señores, lo único que a la postre recibe el periodista: golpes de la realidad, cruel e implacable, desengaños y amarguras, al comprender que los ideales por cuya realización incessantemente labora, jamás se ven cumplidos.

¡Y cómo! Para que el triunfo de los empeños nobilísimos del periodista fuera efectivo, necesitaríase la cooperación franca y decidida de quienes en su mano tienen el poder de hacerlo. Sería preciso que, como aquel, gobernantes, y empresarios, y hombres de negocio, y hombres de la banca, pusieran más empeño en el bien del prójimo, del pueblo, de la comunidad, que en el de sí mismos.

¡Vana utopía! Ya todos sabemos que el segundo mandamiento es el menos acatado; que se viola en todo instante por medio de la intriga, de la pequeñez de espíritu, de la calumnia y del insulto; que

el periodista digno de verdad se ve forzado a sostener continuamente, día y noche, desigual batalla contra el escudero contemporáneo, algo utilizado, menos barrigón que su señor don Sancho, pero insaciable como él, cuando llaman a comer y a beber.

Si Cervantes resucitara, ¡cuánta pena sentiría al parar mientes en la situación que actualmente soporta su hidalgo y generoso «desfacedor de entuertos»!

Adolorido y maltrecho; ora encerrado en una cárcel porque «halló conveniente» sublevarsele y, una vez triunfador, «creyó cuerdo y oportuno» vejarlo su antiguo asistente y compañero de aventuras y andanzas; ora humillado y escarnecido sin misericordia, porque no claudicó ni puso su lanza al servicio de causas ruines; ora escuchando sin cesar las más groseras injurias, los más horribles denuestos.

Y entretanto, riendo a carcajadas el logrero y mofetudo Sancho Panza, desde su trono de la Insula, de la cual pudo al fin llegar a ser Gobernador, gracias al concurso del pobre caballero que lo sacó de la obscuridad y lo hizo célebre.

Así el periodista. ¡A cuántos saca de la obscuridad y hace célebres! ¡A cuántos mediocres, a cuántas medianías insoportables por su soberbia y desenfado, dá gloria y renombre por exceso de gentileza! ¡A cuántos que después serán sus más emponzoñados enemigos, abre una senda de resonantes éxitos, que él mismo ilumina con la brillantez de su numen!

Ya véis, señores, cómo es de dura, de ingrata y de amarga la profesión del periodista.

Me refiero al periodista de vocación, no de ocasión. Al que pone toda la fuerza de su mentalidad, todo el acopio de sana energía que su corazón desarrolla, toda su experiencia, todo su entusiasmo al servicio único y exclusivo de campañas nobles y sanas. De esas patrióticas cruzadas que, por desgracia, sólo miseria y dolor producen, porque no encontraréis detrás de ellas, sosteniéndolas, ni a poderosos banqueros, ni a grandes compañías de explotadores, ni a los audaces políticos que llegan de pronto a las más altas cumbres del poder y de la gloria, *para escarnio de ese mismo poder y de esa misma gloria.*

No mencioné, pues, al escritor que vende su pluma y su talento al rico, al tirano, al poderoso, al dios éxito en una palabra, sino al periodista honrado que sabe en qué consiste su delicada misión, que comprende hasta donde llega el alcance de su responsabilidad, que no tiene más amo que su honor, ni más severo juez que su conciencia libre de mácula; al soldado que acude a todos los frentes, que asiste a todas las batallas, defendiendo a los explotados, a los pobres, a los humildes, a esa masa popular que por cierto nada agradece, porque en ella domina la inconsciencia, y que luego rinde tributo y levanta monumentos a sus propios victimarios mientras duer-

me en un lejano rincón del cementerio, olvidado y escarnecido, el pobre y heroico luchador que no pensó en su propia vida, ni en el bienestar de sus hijos, cuando se trató de ese pueblo y de esa Patria, cuyos derechos tan fervorosamente procuró siempre salvar.

Pero ya, como al principio expresé, comienzan los eternos soñadores «a pensar con la cabeza». Ya tendrán en México una casa propia a donde irán cuando sientan que su cuerpo desfallece, que su salud está quebrantada, que necesitan del reposo, que han menester del afecto, de solícitos cuidados para restablecerse.

No puede ser más generosa la iniciativa de quienes fundaron esta Casa de Salud del Periodista. Y por eso la culta sociedad de Tegucigalpa, cuyo sincero altruismo y nobilísimos sentimientos, jamás han sido desmentidos ni puestos en duda, responde de manera tan entusiasta al llamamiento que un grupo de intelectuales centroamericanos le hace.

Señoras, señoritas y señores que tomáis parte en este hermoso festival. Señoras, señoritas y señores que realzáis esta velada con vuestra presencia: estad satisfechos y orgullosos de prestar vuestro valioso contingente para que una idea, luminosa de justicia, se convierta en realidad. Colaboráis en la realización de una obra buena.

Estáis ayudando a que, por un momento al menos, baje el escudero de su trono y, sobre sus blandos cojines, calme su sed y su fatiga el inclito, el valeroso, el gentilhombre y noble caballero de la Tristo Figura.

(Discurso leído en el Teatro Nacional de Tegucigalpa, el 22 de marzo de 1922, durante la velada en pro de la «Casa de Salud del Periodista» fundada en México.)

AMADO NERVO

El gran poeta se encontraba en Nueva York, de paso para la Argentina a fines de 1918. La colonia hispanoamericana que ya pasa de medio millón en dicha metrópoli, manifestó de diferentes modos su aprecio y simpatía por el ilustre místico, siendo especialmente digna de recuerdo la hermosa manifestación que le fué tributada en la noche del lunes 2 de diciembre en el Salón Principal de la Universidad de Columbia, cuya rectoría—en nombre de los estudiantes latinos le había rogado que recitase algunas de sus producciones, y que honrara con su presencia la prestigiada Institución.

Desde una semana antes comenzaron a circular las tarjetas de entrada, y era de ver el entusiasmo que reinaba entre todos los miembros de la colonia por asistir a la brillante fiesta.